

PALABRAS DE PRESENTACIÓN Y RECEPCIÓN

**TRES INTELLECTUALES VASCOS EN LA  
REPUBLICA ARGENTINA**

Por

**Elías Amézaga Urlezaga**

Lección expuesta en Bilbao  
el día 29 de Octubre de 1982  
en el Salón de Actos del  
Colegio Oficial de Médicos de Bizkaia

## PALABRAS DE PRESENTACION Y RECEPCION

pronunciadas por

MIGUEL PELAY OROZCO

Jaun-andreok, arratsaldeon:

Aurre-aurretik eta naiz ondoren egingo dedan itzaldia edo itzalditxoa erderaz izanik, nere lenengo itzak beñepein, euskeraz izan bear zutela pentsatu det. Beraz, gaur emen bildu zeraten euskaldun guztioi bijoakizue nere euskal agur berezi bat.

Bilbao galant eta zail ontan gure kulturaren alde ainbeste lan egin dun Elias Ametzaga idazle bikañak, onera etortzeko eskatu zidanean, *Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País* izeneko bazkunan bere sarrerari buruz bi itz esateko, poztu nintzala aitortu bear dizuet. «Zergatik?» —galdetuko ote du bateonbatek—. Alde batetik, Bilbo'ra etortzeko beti prest nagolako; eta bestaldetik, Elias adixkidea asko ixtimatzen dedalako.

Danok dakizute zenbat eragozpen eta atsekabe arkitzen ditun gaur emengo idazleak. Iñork eztu bera baño gutxiago irabazten. Bañan alaere, nik, gaur, auxe esango niyoke gure Elias maiteari: Jarraitu beti, azken arte, idazten. Eta, nork daki! Onenean, gure erriyak gaur aintzakotzat artzen eztuana gogozko eta kulturazko gauzak, biyarko egun batean eder etsiko du.

Eta besterik ez, bilbotar adiskide maiteok. Orain, zuen baimenarekin, erderaz egingo det nere itzalditxoa.

Señoras y señores: Si siempre me ha ilusionado y estimulado el simple hecho de venir a Bilbao, el simple hecho de visitar este pueblo vuestro, grande, duro, dinámico y altivo, motor impulsor de todo el movimiento económico e industrial del país, al ocupar hoy una tribuna tan cargada de historia como lo es la de vuestra —y



nuestra también— Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, instalada en esta ocasión en la sede del ilustre Colegio Oficial de Médicos de Vizcaya, lo hago con una satisfacción muy grande y también muy especial. Muy especial, digo, porque, complacencias al margen, constituye para mí un señalado honor el haber sido designado por mi querido compañero, el brillante escritor Elías Amézaga, para efectuar su presentación como miembro numerario de esta gloriosa y ejemplar entidad. De esta docta y veterana Sociedad cuyo timón gobierna actualmente, con su pericia proverbial y su experiencia forjada en mil singladuras culturales, ese ilustre vizcaíno que se llama Adrián Celaya.

Me permitirán, asimismo, una mención especial para su predecesor en el cargo, Juan Ramón de Urquijo, otro vizcaíno de excepción, a quien conozco bien por haber compartido inquietudes y responsabilidades directivas en la Sociedad Bolivariana del País Vasco, y cuya gestión al frente de la Bascongada fue, asimismo, sobresaliente. Mi salutación más cordial para ambos, así como para todos ustedes, que con su presencia imparten prestigio a este acto en el que recibimos a uno de los literatos vascos más importantes del momento.

\* \* \*

Elías Amézaga es un escritor fácil y poderoso. Parodiando a los taurómacos, cabría decir de él que es un escritor «largo», un escritor que domina todos los terrenos de la literatura. Y es, además, un escritor culto, informado, un escritor de copiosas y difusas lecturas. Y ahora que lo defino como escritor de cultura, deseo esclarecer un poco el concepto. Porque hoy en día la palabra cultura resulta un tanto anfibológica y puede concebirse y aplicarse de muy diversas maneras. Hay, por ejemplo, un tipo de cultura que pudiéramos definir como étnica, y así oímos y leemos con frecuencia referencias a la cultura vasca o a la cultura azteca o a la cultura prearia o a la cultura indoamericana. Hay otro tipo de cultura que cabría calificar de nacional, verbigracia la cultura francesa, la alemana o la china. Pero, después —y es a lo que voy—, hay dos grandes, dos importantes ramas desgajadas de ese árbol caudaloso de conocimientos y experiencias, que llamamos genéricamente cultura: la cultura, digamos científica, y la cultura, digámoslo también, humanística. Esta bifurcación, que precisamente ha venido a producirse en el curso de nuestro inquieto e inquietante siglo, se me antoja uno de los acontecimientos más infortunados de la época. Porque ahora se trata de dos culturas y no de una. De dos culturas, además, que en lugar de fecundarse y de complementarse, al escindirse han entrado en lucha.



Adviene la era del especialismo. Ha llegado ya. El médico decimonónico que atendía a griposos, a artríticos, a gotosos y a parturientas, puede decirse que ha desaparecido. Ahora tenemos al especialista. Al especialista en enfermedades del tórax o del estómago o de las vías urinarias. Cabría decir que ya no hay médicos, sino otorrinolaringólogos, dermatólogos, pediatras o ginecólogos. Y lo que sucede en el ámbito de la medicina sucede en todos los demás. Hoy en día, los gobernantes de las grandes naciones se rodean de asesores y técnicos muy seleccionados. Así, hay especialistas en asuntos relacionados con el Extremo o el Medio Oriente, o en asuntos europeos, o en asuntos latinoamericanos o en asuntos árabes. Otro tanto ocurre, por ejemplo, en el campo del periodismo. Aquellos alegres e inefables «chicos de la prensa» que hace medio siglo apechugaban con todo lo que les cayera en suerte, desde reseñar un terremoto o una inundación, hasta analizar el discurso de un político importante, desde narrar un asesinato hasta comentar una obra de teatro o un partido de fútbol o una corrida de toros, se fueron para siempre. Hoy, un periódico bien organizado dispone de profesionales especializados en mil disciplinas diferentes: hay el especialista en economía, que sólo se ocupa de economía; el de política extranjera, que sólo se ocupa de política extranjera; hay también el crítico especializado en arte, en literatura, en teatro, en cine. Y no hablemos del deporte, porque aquí se produce una auténtica eclosión de especialidades periodísticas y si antes bastaba con un cronista deportivo, hoy existen el cronista de fútbol, el de pelota, el de ciclismo, el de boxeo, etcétera.

Decía que hemos entrado en la era del especialista. Y hasta añadiría que en la era del especialista del especialismo. Y perdóneseme esta especie de jeribequé tautológico con el que quiero poner de relieve el hecho, que cualquiera que sea un poco observador ha podido comprobar, de que hoy existen muchos ingenieros jóvenes que saben mucho y hasta muchísimo de su disciplina específica, pero que saben muy poco de todo lo demás; físicos que saben mucho y hasta muchísimo de física, pero que saben muy poco de todo lo demás; químicos, economistas, médicos, lingüistas, matemáticos, etcétera, que saben mucho y hasta muchísimo de sus respectivas disciplinas, pero muy poco de todo lo demás. Y esto, señoras y señores, me parece un síntoma muy grave. Me parece que el camino que llevamos podrá conducirnos a un incremento de la tecnología y de la ciencia, pero que paralelamente nos traerá un pavoroso empobrecimiento del espíritu. Naturalmente que el problema planteado no nos afecta de una manera exclusiva a los vascos, pero con todo, pienso que deberíamos ir tratando de conciliar nuestro progreso científico con el huma-



nístico. Y quiero recordar que la cultura humanística o universal se alimenta fundamentalmente de la lectura. Pero después hablaré un poco acerca de este tema de la lectura.

\* \* \*

Elías Amézaga es un escritor independiente. Un escritor que ama la libertad y la cultura —el famoso binomio bolivariano— por encima de todo. Sabido es que en épocas de inflación político-social y en comunidades como las nuestras, proclives a toda clase de radicalizaciones, banderías y sectarismos, el escritor independiente no suele gozar de muy buena reputación. Se diría que todos los sectores, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, le tienen por enemigo. Es más: incluso se prefiere al escritor al que se le sabe adicto a un partido adversario, que al independiente. Cuando no se ve en éste al enemigo solapado, se ve al hombre que se salta a la torera todo un código de comportamientos de aceptación general. Actitud que no se perdona, entre otras razones, por lo que supone de ofensa a la dignidad de las distintas militancias. Y, como consecuencia, el mecanismo defensivo de todas las parcialidades afectadas viene a ser siempre el mismo y se centra en la vieja sentencia evangélica de «el que no está conmigo está contra mí». Es decir, es un enemigo más, pero **de todos**: de los blancos, de los negros, de la derecha, de la izquierda, del centro...

Lo que rara vez se tiene en cuenta es que hay dos tipos de escritores considerados como independientes. Uno de ellos es el que huye siempre del «mundanal ruido» para evitar contraer responsabilidades o para eludir riesgos. Es el que se autocalifica de «apolítico», el que se refugia en su torre marfileña y, en medio de las mayores tormentas que puedan alcanzar a su pueblo y a sus conciudadanos, se consagra a un artepurismo inocuo, egoísta y estéril. A esta imagen humana, de signo evidentemente pancista, se ha opuesto siempre, como noble ejemplo, su antípoda, la del escritor comprometido.

Sin embargo, existe otro tipo de escritor independiente que no busca a cualquier precio su bienestar y su seguridad y que, no obstante, es tan desdeñado como el otro, como el «artepurista». Ello es una consecuencia de nuestra inveterada inclinación a la dicotomía, ya que a menudo este escritor independiente es tan comprometido y corre tantos o mayores riesgos como el que pertenece a un partido político. Es tan comprometido, digo, porque su compromiso lo contrajo consigo mismo, para evitar la tentación de asumir posturas que pudieran poner en peligro su libertad y su independencia de

juicio. Y corre tantos o mayores riesgos, porque en el ejercicio de su profesión irrumpe muchas veces en predios ominosos y sin tener detrás un colectivo que le apoye o le defienda. Está siempre «solo ante el peligro», como Gary Cooper, el legendario caballero del Far West.

Este escritor independiente —el único que, en mi opinión, lo es de verdad, porque el otro no pasa de ser un comodón desprovisto de ideales (y la independencia es uno de ellos)— es un hombre que ama sobre todas las cosas la sinceridad y la libertad. Por ello rechaza cualquier vínculo político que pueda ponerle en el trance de tener que decir algo que no siente, o de silenciar algo en lo que cree de verdad. Y es también un hombre orgulloso de su profesión. Un hombre para el que su oficio es más bien eso que habitualmente llamamos vocación, pero esta vez ateniéndonos a su acepción estrictamente carismática. De tal manera que muchas veces, aun sabiendo que algo que va a escribir —un artículo, un párrafo, una frase...— le va a ocasionar con toda seguridad un contratiempo, **lo escribe**. No puede evitarlo. Y ello, porque su concepto de la literatura es, si no más elevado (que no tiene por qué serlo), sí de otro signo que el de la mayoría de sus colegas.

\* \* \*

Elías Amézaga nunca elude un tema, por delicado o comprometido que sea, si cree honradamente que debe asumirlo. Y como, por otra parte, tampoco gusta de utilizar paños calientes, sus trabajos adquieren en ocasiones un carácter un tanto agresivo.

Como todo escritor culto, Amézaga tiene siempre a mano la cita oportuna, extraída del acervo de lejanas lecturas. Así, la inserción de una frase o de determinada actitud de un personaje medieval o dieciochesco o decimonónico, sutilmente adaptadas por él a una circunstancia actual, resultan no solamente atractivas desde un punto de vista estrictamente literario, sino eficaces también como elementos apuntaladores de sus tesis.

Por otra parte, Elías Amézaga es un escritor al que cabría incluir entre los polígrafos. Cabría, digo, si no fuera porque se trata de un hombre de conceptos y maneras estilísticas que nada tienen que ver con las que caracterizaban a aquellos graves patricios que en los comienzos del siglo monopolizaron el adjetivo hasta comunicarle un aire peculiar poco acorde con el semántico. Quiero decir que Amézaga ha tocado todos los instrumentos de la orquesta literaria. Ha cultivado el género narrativo, el teatro, el ensayo, la biografía, la crítica, la



historia, etcétera. Y, por si fuera poco, ha ejercido el periodismo, destacando sus últimas colaboraciones en el diario «Deia», que ponen de manifiesto cómo materias tan dispares como puedan serlo la política, la historia o el simple comentario literario pueden adquirir rango y prestigio cuando son tratadas por un auténtico escritor.

En un momento de su carrera Amézaga se sintió fuertemente atraído por el tema de la Inquisición, que trató exhaustivamente en sus libros *Auto de fe en Valladolid* y *Guía del perfecto inquisidor*, y que acreditan su profundo conocimiento en la materia. Porque una cosa que hay que señalar es que Elías Amézaga es un erudito, un hombre versado en muchas y muy variadas disciplinas, si bien su agudo instinto literario **disimula**, por así decir, la tal erudición, aplicando un tratamiento muy suyo consistente en huir de rigideces académicas, al tiempo que utiliza una grafía muy peculiar, en la que, por ejemplo, la preposición «por» se representa con el signo de la multiplicación, las eses sustituyen a las equis, las jotas a las ges, etcétera.

Como era de esperar, un personaje que apasionó a nuestro amigo fue Lope de Aguirre. Como que generó uno de sus más importantes libros. En su *Falsa crónica de un marañón a ultranza no más falsa que las verdaderas*, Amézaga, que siente repugnancia por todo lo que trascienda a lugar común, busca una interpretación personal que se aparte del tópico tradicional: del loco, el cruel, el tirano, el asesino, etcétera. En su intervención durante la reunión que la Academia Errante celebró hace cosa de veinte años en Araoz, lejano barrio de Oñate situado en una garganta al pie de la Peña de Urrejola, y en el que nació el tremendo aventurero, la mayor admiración expresada por Amézaga se polarizó hacia la rebeldía lópica. Le llamó «ilustre rebelde» y «símbolo de rebeldía» y disculpó sus crueldades. «Nos parece —dice, dirigiéndose a Lope— que has dejado de ser cruel». Y compara sus crueldades con las de los conquistadores de la época y con las atrocidades cometidas en este mismo siglo nuestro en Katyn, Dajau y Buchemwald. Y claro: le absuelve de ese pecado que la Historia le atribuyó unánimemente. Y, entre paréntesis, hay que subrayar que las ideas vertidas por Elías Amézaga durante aquella sobremesa lejana de Araoz, en aquellos difíciles y comprometidos años, no eran las de un escritor independiente de los cómodos y egoístas, sino las de un escritor independiente y comprometido, consigo mismo y con su pueblo.

Amézaga ha emprendido últimamente —digo últimamente, aunque lleva ya trabajando en ella cerca de diez años— una obra



realmente gigantesca, muy distinta y distante de toda su producción anterior: la de dar a conocer a su país a todos los escritores vascos que han escrito en castellano. Desde el principio hasta hoy. Como se comprenderá, el empeño es formidable. Baste decir que nuestro amigo tiene registrados cerca de diez mil autores y alrededor de noventa mil anotaciones. Pero es que, además, sucede que Amézaga no se ha limitado a elaborar una relación más o menos minuciosa de sus colegas de ayer y de hoy, y de sus obras, sino que nos ofrece no pocos análisis de sus respectivas personalidades, humanas y literarias.

A decir verdad, la empresa en la que se halla comprometido actualmente Amézaga me parece tan gigantesca y abrumadora que solamente el pensar en ella me produce una sensación como de vértigo.

\* \* \*

A Elías Amézaga, como a mí, nos preocupa y nos duele la falta de afición a la lectura que existe actualmente en Euzkadi. Y ello, no por lo que nos pueda afectar a ambos como escritores consagrados al país y a sus temas y problemas —que en tal aspecto estamos, como suele decirse, de vuelta—, sino porque un pueblo que se aparta de la lectura está inevitablemente condenado a ser tributario de culturas ajenas. Esto en principio y por no tocar el aspecto del euskera, en el que la ausencia de lectores deja al idioma, auténtico eje de nuestra cultura, indefenso y en trance de muerte.

He anunciado antes que pensaba hablar acerca de la lectura y de su influencia en la cultura de un pueblo. Quiero señalar que cuando hablo de afición a la lectura me refiero a esa que últimamente me ha dado por llamar (pienso que con alguna sutileza) «lectura inútil». Y la llamo así para diferenciarla de la lectura práctica, didáctica o profesional y, por supuesto de la de los llamados libros de texto. Pues, como decía, se va generalizando cada vez más el caso del profesional destacado y hasta brillante en una disciplina determinada que manifiesta un extraño desconocimiento en todo aquello que queda al margen de su ámbito facultativo. Esto, para mí, es incultura enciclopédica.

Pero sucede, además, que esa lectura «inútil» a la postre no lo es tanto (y de ahí mi argucia en el empleo del adjetivo). Cuando un cúmulo de lecturas dispersas han quedado lejanas, cuando —empleando un tropo marcadamente orteguiano— se han «digerido», queda siempre un sedimento valioso, positivo, fecundo. Un sedimento que



despierta, estimula y enriquece nuestra sensibilidad y que hace que podamos gozar y emocionarnos con un poema o una sonata o una pintura o una escultura. Se quiera o no, la lectura ennoblece el espíritu e insufla singularidad y dignidad a sus autores. Esto creo que salta a la vista. Sin ir más lejos, entre los mismos políticos se advierte claramente quién es el hombre de lecturas y quién no lo es. El primero sabe utilizar, tanto en sus discursos como en sus artículos periodísticos, la imagen adecuada y la cita oportuna. El segundo tiende indefectiblemente al tópico y al lugar común. Es el que maneja constantemente esas insufribles muletillas del «somos conscientes», «los posicionamientos», «a nivel de...», «en tanto en cuanto», «la coherencia», «el visceralismo», etcétera. El primero atrae, resulta interesante y original; el segundo aburre, cansa. Es un exponente fiel de aquello que Unamuno llamaba «desinterés estético».

Yo no quisiera decirlo, pero lo digo: en nuestro país, positivista y dinámico, despierto para todas las iniciativas industriales y tecnológicas, pero culturalmente dormido, al hombre que actualmente pasa sus horas de ocio leyendo en lugar de reunirse con los amigos para discutir o para tomar unos vinos, se le considera casi como un chalado, como un tipo que pierde el tiempo enfrascado en lecturas que no sirven para nada. Y, sin embargo...

Uno piensa que fueron hombre de éstos, es decir, de los aficionados a las lecturas «inútiles», los que se reunían a finales del siglo XVIII con el conde de Peñafloreda en el palacio azcoitano de Insausti. Y fue precisamente de aquellas tertulias, en las que un día se charlaba sobre un tema equis, local, universal, divino o humano, que otro día se dedicaba al cultivo de la música y otro al estudio del teatro o de la poesía o de la danza, de donde nació la Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Y con ella el más importante movimiento científico que ha conocido Euzkadi a lo largo de su historia. Recordemos que fue la creadora del famoso Seminario de Bergara, en el que tuvieron lugar trascendentales logros, como el descubrimiento del tungsteno en el análisis del wolfram, y el de la obtención del platino maleable por purificación de la plata, a cargo de Elhuyar y Chavaneau, respectivamente. Pero, claro. Previamente, aquellos bien llamados Amigos del País se habían preocupado de contratar en el extranjero a profesores prestigiosos, como el mencionado Chavaneau, que se hizo cargo de la cátedra de Física experimental; a Proust, que se encargó de la de Química; al sueco Thunborg, que se ocupó de la cátedra que dejó vacante Elhuyar, etcétera. De haber pertenecido a nuestra época es seguro que aquellos personajes que se reunían en



el palacio de Insausti no hubieran viajado a otros países para contratar futbolistas a precio de oro, tal como se estila hoy en España, sino que hubieran procurado importar, como lo hicieron dos siglos atrás, profesores y técnicos cuyos conocimientos contribuyeran al progreso del país. Y con seguridad también que intentarían que renaciera en Euzkadi esa mística noble y aventurera de la investigación, ya dormida entre nosotros.

Pero, a lo que vamos: aquellos prohombres vascos fueron, antes que nada, hombres de cultura. Fueron, sobre todo, grandes lectores. Gente informada, que conocía los avances artísticos y científicos a medida que se iban produciendo fuera de nuestras fronteras. Recordemos la estupefacción de Foronda al enterarse de que en Bergara, que en aquella lejana sazón apenas contaba con doscientas casas, existían once suscriptores de la Enciclopedia.

Y como miembros que somos de la Bascongada recordemos también que fueron aquellos Caballeritos de la primera hora, los autores del único impulso serio en favor de la técnica, de la industria y de la investigación que ha conocido nuestro pueblo...

\* \* \*

Hay unas cuantas circunstancias coincidentes que, en cierto modo, nos hermanan a Amézaga y a mí. Estaría, por de pronto, el empecinamiento común en escribir, dale que dale, día tras día y año tras año, para un pueblo que, no es que lea poco, sino que no lee. Y conste que esto que digo no obedece ni a mi pesimismo, ni a despecho, ni a ganas de zaherir. Ni, por supuesto, a un afán personal de singularizarme. Responde, sencillamente, a una realidad tan palmaria que el tratar de ocultarla representaría para mí una especie de concesión a un triunfalismo ñoño y, en todo caso, contraproducente. Los males —y éste que aqueja a nuestra sociedad actual es, en mi opinión, gravísimo— hay que detectarlos y denunciarlos sin ambages, si es que queremos ponerles remedio.

Sigo adelante. Estaría también nuestro carácter de escritores presuntamente «no comprometidos». Yo no he comentado este extremo con Amézaga, pero creo que coincidirá conmigo si digo que ni él ni yo hemos escrito jamás con una finalidad faccionaria o partidista, sino guiados más bien por motivaciones de tipo individual, principalmente vocacionales e, incluso, sentimentales. Posturas que sólo se gestan en una absolutamente personal manera de concebir el país y sus problemas. Pero hay que considerar también que esta libertad



de acción comporta muchas veces una responsabilidad infinitamente mayor que la de los escritores «comprometidos», ya que no es comparada por nadie. Ya que nuestras actitudes no están apoyadas ni respaldadas por ningún partido ni por ningún colectivo, como parece que se dice ahora. De manera que lo bueno y lo malo, lo seguro y lo peligroso, el acierto y el error, cuando se producen, son absoluta y privativamente nuestros, son absoluta y privativamente personales. Y, naturalmente, las consecuencias también lo son.

Continúo: estaría asimismo el hecho de que Elías y yo estamos embarcados, desde su botadura, en esa nave de signo vasquista que es «Deia». Nave que surca a menudo mares procelosos y a la que, desde nuestras respectivas posiciones personales, hemos aportado nuestros mejores afectos e ilusiones. Ni qué decir tiene que estaría, asimismo, el hecho de pertenecer ambos a esta gloriosa e histórica Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, así como al juvenil Instituto Cultural Vasco Argentino Juan de Garay, cuyo timón —y perdóneseme la reiteración en el símil marinero— gobierna con gran destreza doña Margarita Imaz, a quien quiero también saludar con todo respecto y con toda cordialidad. Y, por último, estaría nuestra amistad, nuestro entrañable afecto y nuestro profundo reconocimiento a ese paradigma de erudición y de humanismo que es el doctor Justo Gárate Arriola, cuyo sobresaliente curriculum abarca, no solamente el ámbito estrictamente profesional, el ámbito de su propia disciplina facultativa, en la que alcanzó los máximos honores (el último de los cuales es precisamente el doctorado de honoris causa de nuestra Universidad vasca), sino que se extiende a otras mil disímiles disciplinas culturales en las que, asimismo, ha brillado con fulgores esplendorosos, dedicando siempre sus mejores afanes en pro de la cultura vasca. Pero, dejando de lado los muchos méritos profesionales científicos e intelectuales que adornan al doctor Gárate, hay otro muy singular y entrañable. Este mérito, esta virtud inestimable de Gárate es la de la generosidad. Quien os habla recibió el aliento epistolar —él estaba en la Argentina y yo en Venezuela— cuando se iniciaba en la literatura, hace la friolera de cuarenta años. En esos momentos de indecisión e inseguridad, Gárate me animó a continuar por el camino emprendido. Y no fue eso solo, sino que me brindó el tesoro ciertamente inapreciable de un ininterrumpido contacto epistolar —contacto que aún continúa no obstante las cuatro décadas transcurridas—, plasmado en innumerables, en absolutamente innumerables cartas, cada una de las cuales aportó y sigue aportando muchos consejos y apercibimientos siempre útiles e importantes.

Y lo mismo sucedió con Amézaga. Y con mi recordado y fraternal amigo Iñaki Urreiztieta. Y con José María Satrustegui, Martín Ugalde, Juan San Martín, Juan Garmendia Larrañaga, José María Echaniz y un interminable etcétera.

He de terminar ésta mi difusa intervención. Y quiero hacerlo dejando constancia de mi confusión al tener que presentar a quien no necesita de tal trámite. Y menos aquí, en Bilbao, en su propio feudo. Pero cumplo con su encargo, que, en realidad, constituye un delicado tributo a la amistad que nos une, y que yo agradezco de corazón. Así pues: Señoras y señores, amigos todos: Tengo el honor de presentar como Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País al ilustre escritor vasco Elías Amézaga Urlezaga.

Nada más y muchas gracias. Eskarikasko guzoi.

## ELÍAS AMÉZAGA URLEZAGA

En la venerable edad de sesenta años, cada día se descubre que hay cosas más raras de lo que se nos habla. Yo entré a la escuela de la escuela, en 1898, en representación plena a la tierra. Quería decir que era un prócer o, por lo menos, una máquina grande y hermosa, tal vez como Martín Behaig la recuerda y probablemente en altopiano de la madre idioma. Esta descripción del estado viene narrando a Dios durante siglos y Dios que no aparece. Yo estoy por creer que en la tierra con lo Y aquí está el ejemplo: El descubrimiento de América, la circunvalación del este mundo del que en 1492 recién había el mundo, era verdad que no creía. La tierra se estaba en el mundo y de pronto se le de sesenta años, su voluntad indolente se está al sur en busca del análogo y América surgió como una aparición del fondo de las aguas. Hombre que fue capaz de crear una tierra hace mil años que el descubrimiento era lo, cubre a su, (quiere no decir), Dios, Miguel, y Dios se hará presencia y dejará a tierra que Dios lo revelará. Y ahora más que nunca!

Se vive en la penumbra, en el fondo de no se qué acontecimiento singular. Un astro ignoto, como un foco que recorre la lejana, espumosa su luz para nosotros, que no alcanzamos a descubrir su cara oculta. La humanidad es a quien ser un solo corazón, en sí mismo un alma, un deseo, un alma, una sola voz para señalar un horizonte al propio misterio que se vive el prodigio. El prodigio se llama lenguaje, invención, descubrimiento, descubrimiento como guerra. De una luz en



**LECCION DE INGRESO**  
**como Amigo de Número de la**  
**REAL SOCIEDAD BASCONGADA**  
**DE LOS AMIGOS DEL PAIS**  
**por**  
**ELIAS AMEZAGA URLEZAGA**

En la venerable edad de nuestro cosmos, cada día se descubre que éste tiene más canas de lo que se nos decía. Todavía a la vuelta de la esquina, en 1490, se representa plana a la tierra. Quien dijera que era un globo o, peor aún, una manzana monda y lironda, recibía como Martín Behain la rechifa y probablemente un hisopazo de la madre Iglesia. Esta dominadora del mundo viene llamando a Dios durante siglos y Dios que no aparece. Yo estoy por creer que no lo llama con fe. Y aquí está el ejemplo: el descubrimiento de América, la circunvalación del orbe yendo siempre en línea recta hacia el infinito. Era verdad que no existía, la tierra se acababa en Finisterre, y de pronto la fe de unos pocos, su voluntad indómita se echó al mar en busca del milagro y América emergió como una aparición del fondo de las aguas. Hombre que fue capaz de crear esa tierra hará factible que si llamamos con fe, exista o no, ¡quién lo duda!, fiat, hágase, y Dios se hará presencia y bajará a tierra que bien lo necesitamos. ¡Y ahora más que nunca!

Se vive en la penumbra, en el límite de no se qué acontecimiento singular. Un astro ignoto, como un foco que recorre la lejanía, aporrecua su fulgor para nosotros, que no alcanzamos a descubrir su cara oculta. La humanidad es o quiere ser un solo corazón, un alma en vilo, un deseo unánime, una sola voz para exhalar un hosanna al punto mismo en que se obre el prodigio. El prodigio se llama hallazgo, invención, descubrimiento, alucinaje, como queráis. Es una luz en

lo alto. Un relámpago. Que viene a disipar sombras, a dar otros contornos a la forma, a ensanchar los ámbitos. Pero que muy pocas veces se produce. Poquísimas.

Hay un solo hecho comparable al alunizaje del hombre en la luna: el descubrimiento de América. Yo no sé si fue América quien nos descubrió, pero sí oso afirmar que América es la futura luz del mundo, la que redescubrirá Europa, si antes Europa no desaparece. Ojalá que ese día olvide América todo el mal que la hicimos, aquello que decía el Maestre de Santiago en el drama de Monterlant, ¿y por salvar América vamos a condenarnos nosotros?

— Pensad —le insinúa un caballero— que millares de indios arderían por la eternidad en los infiernos si no les lleváramos nuestra fe.

— Y pensad —réplica del maestre— que millares de españoles arderán en los infiernos por haber ido al Nuevo Mundo.

Y esto añadido yo, porque no sólo fuimos a llevarles la Cruz, sino la cupidez, la pasión, la espada, el dolor, las enfermedades, la muerte.

Esa hora paranomástica a la nuestra, alucinante, extraordinaria, proyecta nuestra sombra hacia una aventura única, esa época capaz de acelerar el ritmo de la historia, de cambiarlo de golpe es, sin duda, la que va a caballo entre los siglos xv y xvi, el espacio de medio siglo que nos da a Gutenberg, a Copérnico, a Cristóbal Colón, la imprenta, el universo heliotrópico, la tierra de promisión; aquí el acelerón es tan rápido que el hombre pierde suelo y se achica.

Más allá del horizonte surcan las aguas tres naves acuchillando noches y nieblas. Sobre un mar taciturno, abriéndolo como el vientre de una madre. Y van perdiéndose a lo lejos. Ese místico mar solitario, ese desierto líquido siente encima de sí algo que pisa sus lomos y le desafía y va a domarle, diciéndole: «Yo soy tu amo».

Y a través de noches fantasmales, los estómagos rancios de tocino, las bocas túmidas de un agua estancada, un puñado de hombres mira fijamente al horizonte por descubrir la tierra firme. Para ellos no existe otra salida. Es imposible ya volver atrás.

Leyenda o historia a consuno repiten que un vasco herido de muerte, vuelta de alguna isla que se desplazó lejos, antes de expirar allá en las Azores extendió su brazo en dirección a poniente. 1486. Bartolomé Díaz dobla el cabo de Buena Esperanza. 1492. Colón pisa tierra firme. Es una ínsula. 1493. Por primera vez un continente.



No estamos solos, es lo primero que se nos ocurre. Hubo otro Adán y otra Eva, o no nacieron de Adán y Eva u otra generación remota hizo el mismo periplo. Lo cierto que desde aquel punto el cosmos se dilata, hay que entrecomillar la respuesta de la ciencia y de la religión, borrar por inválidos los mapas de Tolomeo. Van a refluir nuevas sangres para la humanidad. Las gentes que en Lisboa o Cádiz esperan el retorno de la primera nave, con qué emoción, qué abrir de ojos atónitos ante su carga de especias e indios. Más de uno tuvo que decirse: «Valía la pena vivir para llegar a este día». De ahora en adelante una nueva aventura comienza. Pronto aquellos bienaventurados podrán exclamar con Artífano: ¿Qué son los argonautas, qué las decantadas empresas fabulosas de Hércules, qué la Eneida, qué son las epopeyas todas juntas y sumadas que han existido, en comparación de un pueblo entero que triplica el mundo, que cambia por completo la vida, el horizonte, el modo de ser del hombre a fuerza de sobrehumanos trabajos y de inauditos esfuerzos?

Queridos amigos, Euskadi y Argentina, Argentina y Euskadi están hermanados en esta hora. No voy a decir que Argentina sea la octava región de Euskadi, pero sí que nuestra octava región está en Argentina, que es distinto. Mi charla, una de tantas que podría darse, se titula: TRES INTELLECTUALES VASCOS EN LA REPUBLICA ARGENTINA, y este «gen» se me mete en la garganta, Gárate, Garriga, Grandmontaigne, los tres con la G delante de grandeza y generosidad.

No os voy a cansar ni pedir vuestra atención más allá de una hora. Un exordio general, después un bosquejo biográfico de las tres figuras a tratar, un flash informativo de su bibliografía y un propósito epílogo de cada uno de nosotros de seguir trabajando por la hermandad de nuestros dos pueblos, el argentino y el vasco.

«Me gusta del País Vasco su ambiente húmedo, sus cielos grises y sus nieblas, los valles estrechos, los helechales y los hayedos, bordeados por infinidad de caminos hundidos, y los caseríos negros y solitarios, en los que se oye a lo lejos el mugir de los bueyes.

— ¡Qué país!, donde no maduran los tomates, dicen del País Vasco los del Mediodía.

— ¿Y qué importa? Tampoco los tomates son imprescindibles para vivir.»

Hasta aquí, don Pío. Ese ha sido nuestro sino de vascos. Vivir aislados. Y así, por supuesto, no maduran los tomates, que hay que palpar y llevar hacia el sol.

Nuestra solitariedad, independencia y aislamiento parece que han larvado nuestras iniciativas comunitarias. Dijérase que somos enemigos de la reunión en villa o ciudad, trogloditas casi, y vamos en dirección contraria a la historia. Nada de eso es exacto. Si hay una historia por hacer es la del proscrito vasco de todas las edades y de todas las épocas. Somos los eternamente perseguidos, no con la violencia del kurdo o el estrépito del pueblo judío, sino callada, solapadamente. Aquí pueden venirse los ejércitos y las policías del mundo a pasearse por el País sin consultar la voluntad del vasco. ¿Quién ha llamado a los de fuera? ¿No somos los únicos hábiles para hacerlo? Pues no. No dominamos, no somos dueños de lo nuestro, de ahí que el vasco, aislado o no, independiente o no, solitario o no, tuvo a la fuerza que diseminarse por el mundo a lo largo de la historia. Quería vivir en vasco y no le dejaron ni en su propia geo hacerlo. Y más, durante lustros debió dar pruebas de que no era particularmente vasco. Tiene que irse el que no pase por tal cedazo. Y no es conquistador como no sea al servicio de otros pueblos. Sí colonizador en busca de integrarse en ellos, cuyos procesos en diversos países de América conoceréis a través de monografías. Incluso el vasco más duro, Lope de Aguirre, llama hermanos suyos a los negros y, por supuesto, a los indios, él es el primer europeo que se llama americano y proclama el Acta de Independencia de América en 1561.

Nuestro pueblo es uno de los primeros en pisar tierra de América. Un Juan Vizcaíno o Juan de la Cosa, el general de Lequeitio Iñigo de Artieta y otros varios vascos acompañaron a Colón en sus viajes. Con Díaz Solís que llegó a la Plata fue Francisco de Marquina, que sucumbiría en una emboscada. Más tarde irían Martínez Irala, Juan de Garay, Bruno Mauricio de Zabala. Estos entre los famosos. ¿Los otros? Los anónimos acudieron detrás. Sin la menor duda, fue el único grupo humano unido y coherente. En los debates parlamentarios en torno a los Fueros del siglo XIX, quejábase su adversario Sánchez Silva de que las tropas fueran allá a defender siempre a los mismos: a los colonos vascos en Méjico, en las haciendas del Perú o en las minas del Potosí, que allá no hubo nunca ningún castellano, aragonés o gallego.

Su arribada, sin duda, fue posterior. A partir de la Revolución Francesa acuden también los vascos del Norte. De cada tres mozos se van dos. ¡Y en qué condiciones! Sufren doblemente por sus idiomas



desconocidos tanto en la travesía como en su primera estancia. América es dura a primera vista. La riqueza no aflora como se nos decía que sucedía en El Dorado. Hay que ganarla a pulso. Y son pocos los que lo consiguen. ¿Los otros? Escúchese al poeta anónimo:

*Lur atzean zuhaitza laster iraungitzen,  
En tierra extraña pronto se seca el árbol.*

*Desterruan gizona gazterik zahartzen:  
Joven envejece el hombre en el destierro.*

*Han galdaturen beti herria bihotzak,  
eskasa ez beteko irabazi untzak.  
Allí siempre añora el corazón a su país,  
las onzas ganadas no llenan ese vacío.*

A la hora de elegir nuestra segunda patria, yo no sé si bien o mal según como se mire, el vasco elige la República Argentina. Digo que no sé si bien o mal porque el que allá va no nos vuelve. Y no nos vuelve, según malas lenguas, por la inestabilidad del marco argentino, siempre a la baja. Yo quiero creer que por sentirse como en ningún otro lugar en su casa.

Allá fundaron nuestros hermanos vascos ciudades. ¿Qué os voy a decir que no sepáis? Recordar únicamente a dos intelectuales, a Juan Esteban Alberdi, oriundo guipuzcoano que hizo la Constitución de la República en 1853; a Esteban Echeverría, que introdujo el Romanticismo.

Y acercándonos a nuestros días nos llena de orgullo que allá ser vasco significó un día entrar sin pasaporte libremente, allá se refugiaron un buen número de intelectuales. Ayer y hoy. Ayer el bardo Iparraguirre, el bertsolari Enbeita, hoy, y digo hoy, fin de la guerra que nos arrebató entre otros a Campión y Aranzadi, que sacrificó a Aitzol y Lauaxeta, al exégeta Juan de Izurrategui en el Penal de Dueñas, que a otros encerró en cárceles. ¿Los demás? La debacle. A Cuba se va el franciscano Berriatua, fundador de la revista «Anaitasuna». A la Argentina, López Mendizábal, gramático, historiador, y con él, también exiliado, André María de Irujo, fundador de la Editorial Ekin; Conchillos, el doctor Gárate, Aspiazu, Garriga, Policarpo Barrena, orador; Pedro de Basaldúa, ensayista; José de Eizaguirre, abogado, presidente del Tribunal Militar de Euzkadi, narrador; Ceferino Jemein, biógrafo; Ignacio Goicoechea, especializado en poesía ascética; Andoni Astigarraga, Leizaola, los periodistas Tellagorri, alma máter de «Tierra Vasca»; Cruzalegui, Iñigo de

Uranga, los capuchinos Bonifacio de Ataun y Jorge de Riezu, y el padre Alzo. A Chile, los hermanos Estornés Lasa, fundadores de la Editorial Auñamendi, de reconocido prestigio; Justo Moco-roa, «Ibar», escolapio, ensayista, que colecciona modismos y frases; el carmelita Ormaechea. Se van a Venezuela Pelay Orozco, más conocido por sus novelas de ambiente vasco en español; Martín de Ugalde, destacado cuentista, graduado en periodismo en la Universidad de Chicago; Ibinagabeitia, Urreztieta, Toribio Echevarría, líder socialista, director de la Campsa en tiempos de la República, autor bilingüe; Kepa Derteano, fundador de «Eusko Ikasle Alkatuna», primer periódico clandestino contra el régimen franquista en Venezuela. Al Uruguay, Bizen Amézaga, historiador, profesor de la Universidad de Montevideo. A Panamá, Juan Antonio Irazusta, abogado, orador, diputado en las Cortes, novelista, que al fin de su vida se hizo misionero en Perú. A Méjico, Prieto, los poetas Arana y Simón Otaola, fallecido este mismo año; Etze, subdirector del Excelsior; el periodista Puértolas. A Guatemala, Joaquín Zaitegui, también fundador de revistas, autor de BERRIZ EN GOLDAKETAN; Valentín Aurre-Apr aiz, poeta. A Nueva York, el mártir foralista Jesús de Galíndez. Barandiarán, Labayen y Yon Bilbao se refugiaron en Sara; Donostia, en Marsella; Onaindía, en París; el dramaturgo Juan Avelino Barriola, en Pau; Olavide, en Toulouse; Juan Iturralde, en Dax; el claretiano Gotzon de Urrutia, el sacerdote Gabriel Manterola y el periodista Cirilo Azubiaga, en Inglaterra. Me olvido varios. Perdón. En fin, la debacle.

Francisco Grandmontagne no necesitó emigrar. Murió en 1936. Hijo de vasco, sobrino de Claudio Otaegui, pedagogo y bersolari, a quien Víctor Hugo, besándole de niño, transfundió el don de las letras, debió como tantos otros vascos emigrar a las Américas. Unos, como Meztu o Bueno Bengoechea, volvieron pronto; otros, Iparra-guirre y él, echaron raíces.

Grandmontagne trajinó en mil quehaceres para retornar tan pobre como fue al cabo de los años. Su biografía, como la de tantos otros, resume el fracaso del hombre frente a la tierra o los hijos; habla de sí aquí y allá en sus obras, hay que recogerle en el par de líneas que aparece disimulado. Se siente orgulloso de su apellido empinado y enhiesto, patrimonio de muy pocos, de vocación universal. Es un escritor de reminiscencias. El recuerdo de su niñez, de su padre domador del hierro, de la Generación del 98, a la que nunca dice pertenecer y llama pesimista, repudiándola por no dejar nada del pretérito en pie en aquella su «exégesis violenta». Grandmontagne



es de los que añora el pasado, la tierra que dejó. En América evoca con frecuencia a su país o a la inversa. Es del género de persona que siempre está con el corazón en otra parte.

Comenzó su carrera artística con tres novelas costumbristas, un TEODORO FORONDA que transmite datos de su deambular apático, según el argentino Sáez Hayes «la epopeya de las nutridas corrientes de argonautas que en las postrimerías del siglo anterior abandonaron un continente que consideran caduco para enamorarse de un día para otro de sociedades exóticas, promisorias y alucinantes». Equivale, de algún modo, a la transcripción de una parte de su biografía. Cuando Grandmontagne fue a Buenos Aires no sabía hablar castellano, versión Maeztu. Vivió los primeros años como pudo; en una tienda mixta y cuidando rebaños, pero tenía cosas que decir, necesitaba dominar el instrumento de expresión y muchas noches se acostaba en la Pampa sirviéndole de almohada el diccionario de la Academia. Luego, en Buenos Aires, no tardó en abrirse camino entre los vascos.

Cofundó con Ugarte «La Vasconia», revista para emigrados; escribió mucho, muchísimo, aquende y allende, en «La Prensa», «La Voz», «El Sol», «El Diario Vasco», volvió a su nación, vínose a morir a Donostia sin dejar la pluma jamás.

Hábil articulista, acierta a combinar sus conocimientos con una cierta gracia personal y, al exagerar, adoba su prosa con americanismos, enriqueciéndola. Sus artículos son pensados y corregidos una y otra vez, con las ideas prevalentes de su siglo. Suele comenzarlos en la tierra para llegar al hombre; de la consideración general pasa a su propio dictamen, sacando más de una consecuencia original y siempre procurando agradar o sorprender a sus lectores. No maneja con frecuencia la veta sentimental, tampoco se sincera, no traba una intimidad cálida con su interlocutor. En esta frigidéz se le descubre a veces un tono a espasa que inevitablemente le perjudica. En su ideología se le nota cristiano, inactualmente cristiano, tradicional, y aunque diga que le desagrada la política es temperamentamente imperialista, con ganas de extender el dominio de la lengua, con añoranza de una América en manos de los conquistadores.

A veces, uno piensa que ha venido a este siglo con 3 ó 4 siglos de retraso. Y, viéndole, se afianza esta creencia. Giménez Caballero, en una entrevista hecha en «El Sol» en 1920, nos muestra su complicada personalidad. «Bifronte periodista, Jano de los corresponsales, sabe



acudir a la confluencia de las informaciones, tanto más cuando ésta se halla donde sus propias raíces de vasco, cercana de los valles guipuzcoanos en que sus padres se las plantaron. Lo grande de Grandmontagne es el modo de disponer los labios para despreciar y no otra cosa. Su tallo es pequeñito, su mirada se auxilia con cristales. Su cabello se ve comprometidísimo para cubrir tanto cráneo. Su voz, a veces vibrante, no adquiere proporciones atronadoras por lo general. Visto de frente en un sillón sentado, cruzadas las magras piernas, con una mano descansada en los papeles de la mesa, se le supondría un grabado del siglo XVIII que imaginara un clérigo, un abate tormentoso y erudito, que ha intervenido en silentes intrigas tremendas y escrito un copioso comentario latino sobre Tertuliano. Todo lo más, un pequeño Montaigne. Parece así, Grandmontagne, reseco, arrugado, cenceño, con unas pupilas de hondo alcance, bañadas en el agua gelatinosa que le prestan los cristales de las gafas, su rostro de una impresión excepcional y antigua. Su rostro, tan superior al cuerpecillo delicado que le nutre».

No gusta excesivamente de la palabrería hueca. Incapaz de traducir lo profundo. Acaso tampoco sea necesario, ya que no concibe otra salida airosa para el amor que la del cariño. Duda de admitir más libertades que le den una posición económica desahogada. Espíritu musical, le gustaría desentrañar el sentido oculto del chistu, de la alboca, las castañuelas o la guitarra, pero si no lo consigue se recrea con la forma exterior.

Orfebre escrupuloso y detallista, de gran poder de síntesis, no deja nada por escribir. Se dirige a muchos, sólo en alguna ocasión busca un solo lector y se sincera con él. No es corriente. Prefiere entusiasmarse con el devenir de los pueblos que ama como a seres vivos, San Sebastián, Avila, Hernani o Buenos Aires, o figuras históricas dispares o controvertidas, Trajano o Santa Teresa, Keyserling o Víctor Hugo, El Empecinado, Mustafá Kemal, tan de moda hoy con el golpe turco, los Loyola de América, Irala, San Lesmes o Pirandello. Es uno de sus estudios impresionantes el del conde Españaic, siniestro personaje al que sigue en sus suplicios y asiste a su justicia final a manos de antiguos compañeros de armas.

Gabino Garriga Villa vino al mundo a unos metros de la Basílica de Santiago, el 19 de febrero de 1886, hijo de catalán y de vasca. Producto de la posforalidad, nacido diez años después de perdidos los Fueros con fuerzas de ocupación en nuestro país. Se educó en una escuela pública de corte liberal, ingresó en un Instituto, el clare-



tiano, de misioneros foráneos. En 1896 postulantó en Valmaseda, en 1896 pasó al noviciado de Cervera, donde cursó filosofía. Y con el siglo xx vino a la Rioja, a Santo Domingo de la Calzada. Es aquí y en contacto con el Padre Arrandiaga, su profesor y guía espiritual, autor de EL VERBO VASCO FAMILIAR Y DIALOGADO, futuro secretario general del Instituto por espacio de 18 años, donde Gabino recobraría su amor al euskera y, en consecuencia, su preciosa parte de alma vasca. Figuraban entre sus compañeros los hermanos Zabala Arana y el un poco más joven Gotzon de Urrutia. He aquí, pues, un reducto de euskarólogos en medio de un ambiente poco amistoso. En los demás conventos de la institución, hostilidad declarada. Se les prohíbe hablar euskera en Segovia, escribir a un familiar en euskera en Valmaseda, recibir revistas euskéricas. Y, para ser más explícito, transcribo párrafos de una carta de su compañero Gotzon que copia el Padre Timoteo de Urkiri del original, en su biografía de este religioso: «No olvidemos que es duro y tal vez heroico el que año tras año, lustro tras lustro, tenga uno que vivir en el propio País de origen, sometido a procederes y mentalidades diferentes, y tal vez opuestos a la mentalidad del País. Porque cuando ese nativo recuerda que de postulante se le prohibía el uso de su lengua materna; cuando recuerda las risotadas de que era víctima cuando decoraba su conversación con repetidas concordancias vizcainas, cuando piensa que compañeros suyos en el día de la Profesión no pudieron conversar con su madre, porque habían olvidado el uso de la lengua materna; cuando ese nativo recuerda que, aún profeso, no se le permitía suscribirse a revistas tan espirituales como el 'Jaungoiko-Zale' o 'Zeruko-Argia' o el de cultura moderna como el 'Jakín'; hace falta especial cariño de Dios para vivir alegre...».

Sí. ¡Qué conflicto sentimental de la vocación con la naturaleza! Y cuántos de los hijos de los pueblos perseguidos llevan este drama dentro de sí. Hoy, gracias a Dios, los claretianos tienen una Provincia Vasca, obra del Secretario General del Instituto, Padre Antonio Leghisa, esloveno, y como él me escribe, cuántos disgustos le ha costado ponerla en marcha.

Entonces fueron dispersados. A José Zabala Arana destinan a Chile, a su hermano Teodoro, al Perú; a Justino Mugira, a Colombia; a Gotzon de Urrutia, a Roma... a Garriga, ordenado sacerdote en Turégano por el obispo de Segovia en 1912, al año siguiente destinan a Chile. En 1914 se incorpora al equipo de misioneros que funda el Colegio y Seminario de Trujillo en Perú. Al próximo año redacta su primera relación a Roma del estado de estas misiones, y añade:



«He trabajado con toda mi alma y tengo alientos para continuar trabajando en el Colegio tan intensamente». En los Andes peruanos conecta con el pueblo, es párroco, se hunde en la selva y en pueblos perdidos, llega al Pacífico en su misión itinerante.

En 1915 los problemas económicos de su familia le preocupan. A 20 de abril pide las dimisorias para poder solicitar a la Santa Sede rescripto pontificio de excomunión, al menos «por el tiempo indispensable para el socorro de mi familia». En 1917 da cuenta de su gestión al Padre Arrandiaga: «Me halla ya con un pie en el estribo para emprender el viaje de despedida del Instituto, en el que he vivido casi desde mi uso de razón, desde los 10 años».

Este mismo año el obispo de Huanuco le dice que le recibirá en su diócesis como sacerdote. Las cosas no se arreglan. No hay precedentes en la Congregación de una renuncia así. En 1920 nueva epístola al Padre Arrandiaga para que le consiga el plácet del obispo de Vitoria para excardinarse de la diócesis: «Me hallo al frente de una parroquia excelente, con halagüeños proyectos y en la que, sin exagerar, podría hacer una fortunita permaneciendo en ella algunos años; pero me es imposible oponerme a las solicitudes de mi madre que me llama insistentemente, y a la que por su edad avanzada podría exponer a perder dilatando mi vuelta».

En 1920 muere su progenitor. Regresa a Bilbao. Sigue sin recibir la autorización para secularizarse. Imagínense ustedes qué congoja de espíritu en esta situación irregular. A los ojos del mundo equívoca. Hasta 1934, de capellán en la Colonia de Crónicos de Itzuangó, en los alrededores de Buenos Aires, no le llega. Ha vivido casi 20 años con clases y traducciones. Sufre persecución y cárcel con Perón. De aquí pasa a una parroquia en la Plata y de 1963 a su muerte reside en el Hogar Sacerdotal de La Plata.

Si me preguntan ustedes a qué se dedica, culturalmente hablando, diría de inmediato: el Padre Garriga no era escritor de oficio. Lo que sí se preciaba es de polígrafo. Era un hombre culto, sabía latín, griego, castellano, francés e inglés y bastante alemán. Conocía el euskera también, pero no lo escribía con fluidez, y hablándolo se le notaba el acento euskaldunberri.

Su vida tuvo dos objetivos: Dios y su patria. Pero no siendo escritor nato ha cogido la pluma y compuesto 4 libros, publicando varias docenas de artículos, ha dirigido las plumas de otros desde la dirección de las revistas «Euskaltzalea» y «Boletín». Ha dejado ma-



nuscritos, según Irujo, y en el Archivo del Instituto más de una relación de la situación en las misiones americanas. Un par de años antes de su renuncia, me comunica el doctor Gárate, percibí en sus artículos y cartas privadas signos de una arteriosclerosis que le llevó a destruir sin consultarnos nuestra traducción colectiva del libro de Landre. Sin duda, alguna rareza o crudeza de dicho inquisidor, añadidas a su espíritu puritano.

En 1949 forma parte del grupo fundador del «Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos», entre otros con Gárate, Irujo, Lasarte, López Mendizábal, Bonifacio de Ataun, Miguel de Alzo y Enrique de Gandía, en cuyo domicilio personal nació y fue su primera sede. Tiene por fines fundamentales reunir a los amantes del País Vasco e intensificar sus estudios, profundizándolos... Nada de política. Su aportación personal investigadora más importante es un inventario bibliográfico vasco hecho de 1951 a 1970. No olvida centenarios, necrológicas y un trabajo informativo, en los años 1962 y 1963, sobre escritores vasco-americanos.

Garriga cogió la pluma en 1937, indignado por el tratamiento lleno de falsedades dado a la «Cruzada». Título de su libro: LA REBELION MILITAR ESPAÑOLA Y EL PUEBLO VASCO. En 1942, EL CONDE DE PEÑAFLOIDA Y LOS CABALLERITOS DE AZCOITIA, estudio por el que le debemos especial gratitud, «resumen histórico extraído de fuentes bibliográficas dignas de toda fe, que se mencionan detalladamente al pie de sus páginas». Una vez más, la motivación última es salir al paso de los infundios vertidos por plumas foráneas para oscurecer las instituciones sociales de nuestros antepasados y su propia memoria de hombres. En 1944 publicó LOS ADVERSARIOS DE LA LIBERTAD VASCA DESDE 1794 A 1829, y, finalmente, en 1949, LA VICTORIA DE MUNGUÍA Y LA RECONCILIACION DE OÑACINOS Y GAMBOINOS, primer triunfo de Euskadi como pueblo por su libertad gubernativa. Ahí pone su pasión en cada página, enriqueciendo así el dato histórico. Lo vive. Y no sólo física, sino moralmente. Toma esta sugerencia que ojalá nos sirva: «Lo más triste de las luchas fraternas de los aundiakiak (parientes mayores) es su carencia absoluta de una finalidad superior, no sólo en el orden de las ideas, pero ni siquiera en el de la política humana». «Triste que escuadrones vascos anónimos lucharan contra sus hermanos de raza, pero lo es mucho más que caballeros ilustrados, conscientes de la indignidad de la empresa, los reunieran y lanzaran a la guerra maldita.»



Garriga usó los seudónimos de Juan de Aralar de Bidasoa, que Irujo aprecia. Aralar por ser el macizo central de Euskadi, Bidasoa por considerar que no hay frontera entre los hermanos, que no existe muro de la vergüenza y la divisoria del Bidasoa es simplemente accidental.

En una entrevista concedida por don Julio Urquijo a «El Correo Español» en 1949 se pregunta al gran bibliógrafo sobre los protagonistas culturales del siglo y éste pone en primerísimo rango al doctor Justo Gárate, médico vergarés en el extranjero, como a uno de los máximos entendidos en cosas vascas. El doctor, por su parte, se siente orgulloso en contarse en el número de los discípulos de Urquijo. Tanto éste como los que han tratado al doctor coinciden en comparar su memoria con la del polígrafo Menéndez y Pelayo. Si sabía el Quijote de memoria, el doctor no le iba en zaga. Leyó, extractó y asimiló los 78 tomos de la revista «Euskal-Erria».

No en balde es hijo de Vergara, la culta, que desde su fundación viene apadrinada por Alfonso X el Sabio, cuna del Real Seminario Patriótico Vascongado, en donde, caso único de culturización, había 11 suscriptores a la Enciclopedia..., ciudad que como pocas luchó por los Fueros y por la erudición.

Los intelectuales patriotas Luis de Eleizalde y Telesforo de Aranzadi son vergareses, el segundo muchos años fuera del País, el otro perseguido dentro del País. Vergaresa es también la egregia estirpe de los Monzón. El doctor Gárate es un desterrado más de nuestro pueblo y su cultura vasca se expandió con él, aunque, claro está, desde lejos no se pueda palpar la realidad de cada momento cultural que él lo detecta por terceros y por una curiosidad inagotable de su espíritu, en continua ebullición.

El doctor Justo Gárate nació el 5 de agosto de 1900, hijo de Benito Gárate, natural de Elgóibar, y de Benita Arriola, natural de Elgóibar. Su padre fue morroi o criado en el caserío «Galbunsoro», en el valle de San Pedro de Elgóibar. Fue padrino de una hija de la etxekoandre donde servía. Al poco tiempo emigró a las Américas, donde trabajó veinte años y, después de hacer fortuna, regresó a Elgóibar y tomó a su ahijada por esposa.

Es entonces cuando el matrimonio pasa a vivir a Vergara en la confianza de que sus hijos podrían aprovecharse en un futuro próximo de las enseñanzas del Real Seminario. Nació, pues, este primer



hijo en la calle Barrencalle, n.º 27. Con un año, los padres le llevaron a la Argentina, para atender a sus intereses familiares. En su casa se habla euskera, pero, dada naturalmente su corta edad, su léxico debió ser muy limitado. Es el mayor de 7 hermanos, creyéndose responsable de la educación de los otros. Su primer maestro fue don Angel de Elustiza, en la escuela que funcionaba en la casona de la calle Arrubiaga, n.º 2. Cursa bachillerato en el Real Seminario de Vergara. Inicia sus estudios de medicina en Valladolid y, a partir del tercero, se traslada a Barcelona. Conoció entonces a Angel Irigaray, que le contagiaría su entusiasmo por el idioma vasco, dialecto labor-tano, el más literario.

Al terminar la carrera, fue pensionado por la Junta del Hospital Civil de Bilbao para ampliar sus estudios en Alemania. De allí hizo un viaje a Estocolmo para visitar sus hospitales, y al preguntársele en uno de éstos en qué idioma prefería que se le hablase, contestó: «Me es igual, hablo indistintamente en francés, inglés o alemán». Reside 29 meses en Alemania, 10 ó 12 en Francia, siendo alumno de la Universidad de Berlín, así como de la Sorbona.

Espíritu viajero, recorre media Europa, de Italia a Estocolmo, atraviesa la Selva Negra en aeroplano. De su afán por saber dará idea que en Friburgo, con el frío y la nieve, se quita los guantes para copiar los carteles de los anuncios que luego deletrea en la habitación del hotel. Al terminar la carrera duda qué destino tomar. Quisiera ir a un sitio que le permita el estudio y la experimentación, donde pueda vivir tranquilo y está a punto de afincarse como médico en Andorra.

Tiene 33 años. El destino le niega este retiro. De vuelta de Europa a Bilbao entra a formar parte de la directiva de la Sociedad de Estudios Vascos. Ese mismo año ingresa como médico en el Hospital de Basurto y allí permanece trabajando hasta 1937. Pertenece a una generación de médicos auténticamente vascos que ha sufrido por sus ideas: el doctor Juan Viar, el doctor Julián Guimón, ambos condenados a muerte en la guerra; el doctor Angel Irigaray y él mismo, huidos. Sus delitos, interesarse por el idioma o crear la Universidad Vasca, explícitelo quien les condenara. Estos tres cofundaron la Universidad de Bilbao, iniciándolo con la Facultad de Medicina, más tarde vendría la Escuela de Ingenieros, luego la Facultad de Derecho, y todo promocionado en plena guerra del 36, en medio de las bombas. El doctor Gárate ocupó la cátedra de Patología General.



El 17 de junio de 1937, veinticuatro horas antes de la ocupación de Bilbao, se despidió de su biblioteca, toda la perdería. Con el escritor Vicente de Amézaga se hundió en el fondo de la bodega de un barco que se echó a la mar en el puerto de Santander, en un viaje accidentado, en unión de 500 niños vascos. De Donibane partió para Bruselas, donde pasó 5 meses estudiando e investigando sobre la vida y obra de Guillermo Humboldt. De allí embarcó para la República Argentina en diciembre de 1937.

Revalidó sus títulos en 1938, ejerció en Tandil su profesión, contratándole como profesor de Clínica Médica en la Universidad de Cuyo, en marzo de 1954, cátedra ganada por oposición. Es miembro de The Thoreau Society, de la Academia Humboldt, presidente efectivo y luego honorario de la Sociedad Gohetiana Argentina, presidente de la Asociación Cayiana de Antropología, de la de Sarmiento y de Ameghino, las 4 en Mendoza, y miembro de numerosas sociedades médico-científicas, vocal permanente de la Sociedad de Estudios Vascos, académico correspondiente de la Lengua Vasca y, desde 1965, profesor emérito de la Universidad Nacional de Cuyo.

Su obra, en conjunto, debiérase clasificar según los temas como en un diccionario. Son tantos: estudios médicos, biológicos, bibliografía, escritos humboldianos y forondinos, ensayos europeos y americanos, biografías: de intelectuales, de Unamuno, Sabino, Chaho, Aizkibel, Moguel, Astarloa y otros. De médicos: Achúcarro, Lope de Mazarredo, Servet. Etnografía vasca, filología, geografía, historia de la ciencia, trabajos de índole vasca fuera de lo taxonómico que pudiera calificarse de miscelanea, y aquí un etcétera interminable. Miles de artículos en revistas de España y América, en uno, en dos, en tres idiomas, gran cantidad de traducciones, críticas, etc.

Difícilísimo tocar un tema, examinar una sola revista de nuestro País sin topar su firma. Lo veréis de los años 25 al 36 en todas las reuniones culturales de nuestro pueblo. Pero muy en especial en las polémicas. Cuando haya que opinar algo. No conviene iniciar un trabajo de vascófilo sin consultarle. No en balde, repito, extractó el «Euskal-Erria» y aún añadido que el «Espasa», a juzgar cómo lo conoce, en el cual también colaboró.

In encuadrable. No escribe literariamente, esto no le preocupa en absoluto. Tampoco se desvive por el vocablo o la frase deslumbrante, está contando cosas, cambiando ideas, hablando de tú al lector, al que a veces se dirige en plural. Se cartea con gentes de todas las



razas y saberes, y todo pasa a un archivo de donde extrae sus notas. Esto es vital: sus notas.

El va, con lápiz y papel, corrigiendo a través de las obras (sus obras) las de otro. El lo sabe todo o casi todo y tiene el sexto sentido del investigador literario de tectar donde no llega el dato, por haberse perdido, el latido de la verdad que es corazonada que se hace realidad tantas veces en su caso. En consecuencia, dirigiéndose a nosotros nos documenta y nos guía, pero a la vez nos da más entidad de la que tenemos. Habla familiarmente de textos y personas que él conoce de memoria o de relación personal o de trato familiar y nosotros, desgraciadamente y a lo sumo, de oídas. No es para cualquiera. Escribe para colegas en la tarea docente, para literatos, para los que aspiren a una lectura fructífera, no para los que abren un libro como una novela, sino como a un libro de libros, un libro santuario, un libro puerta abierta a todas las inquietudes del espíritu. Donde uno encuentra los más insospechados hallazgos. Ponle al alcance de la voluntad para completarle unos materiales y tú mismo, lector, quedas invitado a mejorarle, a realizar una búsqueda bibliográfica suplementaria. Hay que leerle sentado y de pie, para buscar de inmediato los textos de consulta adonde él nos conduzca. En medio de la obra se interrumpe, dialoga con uno, y si él no tiene a mano la comprobación de la sugerencia, le ruega que verifique su aserto o posibilidad. Es, a mi entender, un autor de tanta erudición que a mí como lector me gusta perderlo y encontrarlo, dejar por un tiempo y volverle a topar de nuevo como una tentación con alegría y curiosidad. A él le sucede otro tanto, se va dentro del propio tema, lo hace, no para olvidarse de lo que se le ocurra a vuelapluma, sino por abrir una nueva vía a la posibilidad científica. El se sale de la traducción y se hace glosista, y debe colegirse que es fácil que se extrapole de la vulgar biografía o la encauce de un modo distinto a los demás biógrafos. Da fechas, que es su fuerte, da lugares, que es también su fuerte. No se pierde en lo episódico, ni se detiene en antepasados más de lo necesario. Relaciona al biografiado con la época y sus congéneres y aun sus amigos. Se asienta en lo que dice el personaje en cuestión y en lo que se dice, y opina de él. Le corrige si es menester, le comenta y en todo momento con el libro abierto en la mano o la prueba documental de cuanto afirma. De un salto se planta en la biografía y salta las distintas ediciones de un libro, si el biografiado es un escritor, o de los distintos libros que se escribieran sobre su persona, si no lo es. En 1933, y como editor, publica VIAJE A NAVARRA DE CHAHO, haciéndolo como enlace bibliográfico y de orientación, «no por alarde de cultura, sino por trabajar por el País que me ha visto nacer, de una manera más eficaz



que con el grito estridente». ¿Cuál es su labor? Le traduce, le sigue en su ruta, le ordena, da un índice de materias y de personas, titula en la parte superior cada página con la cuestión que trate, da cronología precisa a la obra y ulteriormente la salpica de notas en terminándola como en una recapitulación. Otro tanto hace con Foronda, dándonos, además, un diccionario de sus ideas. Para el no habituado lector, su lectura parece cifrada, para el curioso puede convertirse en un ejercicio gimnástico espiritual, valga la expresión, si trata de subrayar y consultar sus salpicaduras científico-bibliográficas. Para el erudito en tercer grado es plato de paladar exquisito, agridulce a ratos, una invitación a coger la pluma y rebatirle a veces, que a él gustaría. Sabe discutir sin enfadarse lo más mínimo, es agudo en sus respuestas y en ocasiones graciosísimo sin faltar en absoluto a la cortesía.

Ciriquiain Gaiztarro le llama excelente vigía del panorama vasco en todas sus dimensiones. No deja pasar sin querella matute alguno, y yo añadiría... es un francotirador de la historia y de las letras patrias, acecha a quien se deslice en el error este inquisidor de la verdad, que no condena al quemadero sino al ridículo.

¿Su ideario? En religión no sé, la verdad, creo que católico y practicante; en política, federalista. Su política es su País, su pueblo, servirlos en su labor diaria. No le queda tiempo para realizar una política activa. Por ello debió de huir, sufrir amenazas, persecución y aun pérdida de seres queridos. Entrevé como médico los peligros que supone desviarse por ese campo. Cuenta el caso de Platón. Estaba bajo techo y fuera dos hombres discutían bajo la lluvia. Salió para hacerles ver que se mojaban y él mismo se mojó. ¿Hay que mojarse? Depende. En términos generales sí. Hay que mojarse en algunas situaciones críticas, pero nada más. Hay que participar en la cosa pública por diferente vertiente, aquella en que se pueda avanzar más y vaya con las condiciones personales de cada cual. En una república hay pensadores y hombres de acción. El es de estos últimos. Pídale que escriba, su voto. Y mejor que no se le mezcle en banderías. No, no es fácil que a un escritor le acojan con buen ojo como colaborador de la prensa de acción, le tengan por huésped cómodo en las ágoras. El escritor es un solitario, debe ser una especie de salvaje en la más sutil acepción, de sentirse íntimamente ligado a la naturaleza, un escritor se hunde en los vientos para oír qué dicen y transmitirse a sus lectores. Amanece con la aurora como testigo excepcional de que el mundo sigue girando todavía. Se vaporiza en las nubes o bajo ellas queda boquiabierto tratando de interpretar su divinal jeroglífico.



Y aún si alcanza vibraciones superiores, atisba los cielos por ver si cae algo sobrenatural que no sea un extraterrestre. ¿Qué es el universo se pregunta una y mil veces? Un verso de Dios que se hizo silencio, acaso para guardar ese silencio, el más elocuente de los versos de Dios. Un escritor procura adivinar, procura conjeturar el porvenir, poner sordina a la lisonja sacando a luz a la verdad siempre tan cruel, enfrentándose con los parásitos del ayer critica y critica por doquier. Podéis pedirle muchas sorpresas, pero no le mezcléis en vuestras pequeñas cosas, vuestra roma religión, vuestra economía de mercado, vuestra mixtión política, vuestra fronda social, vuestra jerga y trajín diarios. No le hagáis firmar manifiestos. Desde el día siguiente a que los firme se sentirá culpable. Gárate, que ha vivido mucho, puso sus ideales en los grandes autores, Shakespeare, al que reproduce en parte; Goethe, del que ha escrito bastante; Humboldt; Foronda, al que disputa segundo o tercero de los estilistas vascos; en Thoreau, el amante de la naturaleza, como él mismo, un hombre a caballo sobre las ciencias y las letras.

Termino. He aquí tres modelos de nuestra cultura vasca en América. Podrían traerse otros varios. No son como tomates por madurar. Son seres humanos que os han abierto los brazos a todos, a vosotros, hermanos argentinos, por vuestro desinterés de hospitalidad; a nosotros, porque han restituido su caudal de conocimientos al pueblo que les vio nacer. Ojalá seamos capaces de seguir su ejemplo.